

EL PURGATORIO DE UN BIBLIÓFILO

ANDREW LANG

Traducción de LEONOR BLANQUEZ

THOMAS Blinton era un cazador de libros. Siempre había sido un cazador de libros, desde que, a una edad extremadamente temprana, fue consciente de sus torpes maneras como coleccionista de sellos y monogramas. En la caza del libro no veía mal alguno; es más, de forma un tanto farisaica, comparaba el placer que ésta le proporcionaba con los de la caza y la pesca. Se negaba rotundamente a creer que el diablo viniera a por G. Steevens, célebre aficionado a los incunables. El propio Dibdin¹, que cuenta la historia (con evidente inquietud y alarma), pretende no dar crédito a tan espectral narración. «Su lenguaje», cuenta Dibdin en su relato sobre el final del bibliófilo, «era, muy a menudo, el de la imprecación». Lo cual no es del todo malo, ya que Dibdin pensaba que un caballero podía maldecir a menudo, pero no con «demasiada frecuencia». «Aunque no estoy dispuesto a admitir», continúa Dibdin, «el relato completo de la buena señora que velaba a Steevens junto a su cama, y aunque mis prejuicios (si así se pueden llamar) no me permitan creer que las ventanas vibraban y que se oían sonidos extraños y gemidos profundos en su habitación durante la noche, sin embargo ninguna persona con sentido común (cualidad que esta mujer poseía en grado sumo) puede confundir blasfemias con oraciones»; y así sucesivamente. En resumen, Dibdin sostiene claramente que las ventanas vibraban «sin un soplo», como los estandartes en las salas de Branxholme cuando alguien venía a buscar al duende Page.

¹ Thomas Frognall Dibdin (1776-1847). Párroco rural, bibliotecario de Lord Spencer (en su época, el mayor coleccionista británico de impresos) y bibliógrafo. Fundó el primer club de bibliófilos y publicó en 1809 un tratado célebre acerca del fatal trastorno coleccionador, titulado *The Bibliomania*. En él se narra la peripecia de G. Steevens.

Pero Thomas Blinton hacía caso omiso a toda esta palabrería. Decía que sus gustos le obligaban a hacer ejercicio; que caminaba todos los días desde la City hasta West Kensington para batir las cubiertas de los puestos de libros, mientras que otros hombres iban en costosos cabriolés o en el malsano ferrocarril metropolitano. Todos estamos dispuestos a encontrar ventajas en nuestras propias diversiones, y por lo que a mí respecta, creo que las truchas y los salmones son incapaces de sentir dolor. Pero la fragilidad de las teorías de Blinton es más que evidente a los ojos de cualquier moralista imparcial. Su «placer inocuo» en realidad conlleva todos los pecados mortales, o en todo caso una parte suficiente de ellos. Codiciaba los libros ajenos. Siempre que tenía la oportunidad, compraba libros en baratillos y luego los vendía más caros, degradando así la literatura en el comercio. Se aprovechaba de la ignorancia de algunos iletrados que trabajaban en puestos de libros. Era envidioso, veía con malos ojos la fortuna de los otros, mientras que se alegraba de sus fracasos. Hacía oídos sordos a las súplicas de los pobres. Era fastuoso y desembolsaba más dinero del que debía en sus placeres egoístas, encuadernando a menudo en marroquín cuando la pobre Sra. Blinton suspiraba en vano por un viejo encaje *point de Alençon*. Avaricioso, orgulloso, envidioso, tacaño, extravagante y deshonesto en sus tratos, Blinton era culpable de casi todos los pecados que la Iglesia reconoce como «mortales».

El día anterior a que sucediera la patética historia que está a punto de ser contada, Blinton había seguido su habitual rutina pecaminosa. Había estafado (en la medida en que las intenciones pueden hacerlo) a un librero de Holywell Street, comprándole por dos chelines lo que pensaba que era un muy raro *elzevir*². Es cierto que cuando llegó a su casa consultó el «Willems», y descubrió que se había hecho con un ejemplar equivocado, en el cual la numeración de las páginas estaba a la derecha, y por lo tanto para el coleccionista no valía un ochavo. Pero la intención es lo que cuenta, y la intención de Blinton era inequívocamente fraudulenta. Cuando se dio cuenta de su error, entonces «su lenguaje» como diría Dibdin, se tornó en «el de la imprecación». Peor aún que esto (si es posible) es que Blinton acudió a una subasta y allí empezó a pujar por *Les Essais de Michel, Seigneur de Montaigne* (Foppens, MDCLIX) y llevado por el entusiasmo, se «descolgó» con 15 libras, que era exactamente la cantidad de

² Término aplicado a los libros procedentes de las prensas de la familia Elzevir, impresores holandeses en activo entre 1581 y 1712. La época de su apogeo tuvo lugar a mediados del siglo XVII. Cuando lo habitual era editar en tamaño folio, ellos lo hicieron en doceavo, convirtiéndose en asunto capital el corte exacto de las hojas. En el XIX fueron codiciados por los coleccionistas, llegándose a inventar una regla para medir los márgenes.

dinero que adeudaba a su fontanero y gasfitero, un honrado trabajador cargado de hijos. Luego, al encontrarse a un amigo (en el caso de que el cazador de libros tenga amigos), o más bien un cómplice de fechorías, Blinton percibió la alegría en su rostro. El infeliz había adquirido un pequeño *Olaus Magnus*³, con grabados en madera, que representaban hombres lobos, dragones llameantes y otras aterradoras aves salvajes, y estaba contento con su buena compra. Pero Blinton, con diabólico regocijo, le señaló que el índice contenía errores, y lo dejó lamentándose.

Quedan por contar acciones aún más abyectas. Thomas Blinton había descubierto un pecado nuevo, por así decir, a la hora de coleccionar. Aristófanes decía de uno de sus canallas favoritos: «No sólo es un villano, sino que ha inventado una vileza original». Blinton era de esos. Sostenía que todo hombre famoso, en algún momento de su vida, había publicado un libro de poemas del que, al cabo de los años, se avergonzaba, retirándolo del mercado. El horrible placer de Blinton era coleccionar copias descarriadas de estos libros desafortunados, de estos *péchés de jeunesse*, que siempre e invariablemente, llevan una efusiva dedicatoria del autor a un amigo. Poseía todos los poemas de Lord John Manners, e incluso de Ruskin. Tenía *Ode to Despair* de Smith (actualmente escritor de comedias), y los *Love Lyrics* de Brown, que es ahora subsecretario vitalicio; libros que no podían ser menos alegres ni más duraderos. Tenía las canciones amorosas que había publicado y luego retirado de la circulación un dignatario de la Iglesia. Blinton solía decir que llegaría a encontrar *Triolets of a Tribune* de John Bright, y *Original Hymns for Infant Minds* del Sr. Henry Labouchere, si saliera de caza el tiempo suficiente.

El mismo día del que hablo, Blinton había rescatado un libro de poemas de amor cuyo autor había hecho todo lo posible por destruir. Luego se dirigió a su club y allí leyó en voz alta a los amigos de aquél, que era miembro de la junta directiva, los pasajes más divertidos. ¿Se puede hacer una cosa así? En resumen, Blinton había colmado el vaso de su iniquidad, y nadie podría sorprenderse al oír que había recibido el justo castigo a sus ofensas. Blinton, en general, había pasado un día feliz, pese al error cometido con el *elzevir*. Cenó bien en su club, se fue a casa, durmió bien, y a la mañana siguiente emprendió camino hacia su oficina en la City, como siempre andando y con la intención de buscar el placer

³ Olaus Magnus (1490-1557). Eclesiástico sueco. Publicó en 1555 la *Historia de gentibus septentrionalibus*, que se tradujo profusamente en el siglo XVII y configuró la imagen de Escandinavia para los europeos de varias generaciones. La primera versión inglesa apareció en 1658 con el título *History of the Goths, Sweds and Vandals*. Se conocía popularmente por el nombre de su autor.

de la caza en todos los puestos de libros. Justo al principio, en Brompton Road, vio a un hombre hurgando los restos de una caja de saldos. Blinton se lo quedó mirando, creyó que lo conocía, pensó que no, y luego se convirtió en presa de la mirada brillante del otro. El Desconocido, que vestía la clásica capa y sombrero flexible propios de los Desconocidos, tenía aspecto de consumado hipnotizador o de adivinador de pensamientos o de adepto o de budista esotérico. Se parecía a Isaacs, Zanoni (de la novela con el mismo nombre), a Mendoza (en *Codlingsby*), al hombre sin alma, el Sr. Home (de *A Strange Story*), a Irving Bishop, un budista experto en el cuerpo astral y a muchos otros personajes misteriosos de la historia o de la ficción. Ante su Poderosa Determinación, la simple tenacidad moderna de Blinton, se encogía como un niño avergonzado. El Desconocido se deslizó hasta él y le susurró: «Compra éstos».

«Éstos» era la colección completa de las novelas de Auerbach en inglés, la cual, ni que decir tiene, Blinton no hubiera soñado nunca en comprar si se le hubiera dejado arreglárselas a solas.

«Compra éstos», volvió a repetir con un cruel susurro el Adepto, o lo que aquel hombre fuera. Pagó la suma requerida y arrastrando la inmensa carga de novelas alemanas, el pobre Blinton siguió al desalmado. Llegaron a un puesto donde entre bastante basura estaba expuesto *Jour de l'An d'un Vagabond* de Glatigny⁴.

—Mira —dijo Blinton— un libro que alguna vez he querido tener. Los libros de Glatigny cada vez son más escasos y éste es una fruslería divertida.

—No, compra *eso* —dijo el implacable Desconocido, señalando con el dedo índice en forma de gancho la *History of Europe* de Alison, en un sinfín de volúmenes. Blinton sintió escalofríos.

—¿Qué? ¿Que compre *eso*? ¿Y por qué? Pero, en el nombre de Dios ¿qué puedo hacer yo con eso?

—Cómpralo —volvió a decir el perseguidor—, y *aquello* —indicándole el *Ilios* del Dr. Schliemann, una obra voluminosa—, y *éstos* —señalando la totalidad de las traducciones de autores clásicos de Theodore Alois Buckley—, y *éstos* también —mirando a la recopilación de los escritos últimos de Hain Friswell, y a la edición, en más de un volumen, de *Life*, de Gladstone.

El desgraciado Blinton pagó, y caminó penosamente cargando las gangas bajo el brazo. De repente se le caía un libro, luego al ir a recogerlo, otro. A veces, parte de los volúmenes de Alison aterrizaba pesadamente sobre el suelo; otras,

⁴ Joseph Albert Alexandre Glatigny (1839-1873). Poeta parnasiano, más conocido por sus amoríos y la vida peripatética de que hizo gala, como actor ambulante que fue, que por sus breves poemas satíricos y obras teatrales.

Gentle Life se hundía con resignación en la tierra. El Adepto no paraba de recogerlos y encajarlos bajo los brazos del agotado Blinton.

La víctima trató entonces de adoptar un aire de genialidad, e intentó entablar conversación con su torturador.

—Realmente, *sabe* de libros —pensó Blinton—, y debe tener un punto flaco en alguna parte.

Así que el desgraciado *amateur* intentó ganárselo con su mejor estilo de conversación. Le habló de encuadernaciones, de Maioli, de Grolier, de De Thou, de Derome, de Clovis Eve, de Roger Payne, de Trautz y tiró del hilo hasta Bauzonnet⁵. Disertó sobre primeras ediciones, sobre incunables, e incluso sobre ilustraciones y viñetas. Abordó el tema de las biblias, pero aquí su tirano, con una mirada furiosa aunque tímida, le interrumpió.

—Compra éstos —le dijo entre dientes.

«Ésos» era la colección completa de las publicaciones de la sociedad de Folk Lore Society.

Blinton nunca había estado interesado por la sabiduría popular (los hombres verdaderamente malos nunca lo están), pero tenía que hacer lo que se le decía.

Luego, sin pausa ni remordimiento, se le ordenó que comprara la *Ética* de Aristóteles, en las agradables versiones de Williams y Chase. Lo siguiente fue hacerse con *Strathmore*, *Chandos*, *Under Two Flags*, y *Two Little Wooden Shoes* y otras tantas docenas de novelas de Ouida. En el siguiente puesto había todo un surtido de libros escolares, geografías antiguas, *Livios*, *Delectuses*⁶, los *Greek Exercises* de Arnold, *Ollendorffs*⁷ y cosas por el estilo.

—Cómpralos todos —susurró el desalmado. Agarró cajas enteras y las apilo sobre la cabeza de Blinton.

⁵ Todos ellos son grandes nombres de la historia de la encuadernación. Roger Payne, inglés, trabajó para Lord Spencer. Grolier, fue embajador francés en Italia y para él realizó Aldo Manucio las que se consideran las mejores encuadernaciones italianas del Renacimiento. Thomas Mathieu (Maiolus) fue secretario de Catalina de Médicis e hizo famosas sus encuadernaciones por llevar en la cubierta, como las de Grolier, alusiones a su propietario. A Clovis (o Nicolás) Eve, Encuadernador de Corte de Enrique III se le atribuye la creación de la encuadernación llamada *à la fanfarre*. J. Auguste de Thou, historiador y estadista, popularizó el uso de la mencionada encuadernación. Antoine Derome fue un encuadernador francés del XVIII, famoso por sus diseños de encaje. Antoine Bauzonet, encuadernador francés del XIX, introdujo un cambio fundamental, al simplificar el diseño limitándolo a un marco de líneas rectas. Traut fue su discípulo y continuador.

⁶ *Delectuse*, nombre genérico aplicado a una selección de párrafos para traducir, especialmente en latín o griego.

⁷ Heinrich Gottfried Ollendorff (1803-1865), pedagogo y gramático alemán, creador de la enseñanza de una lengua mediante colecciones de las frases más usuales.

Con las novelas de Ouida hizo dos paquetes con una cuerda y los enganchó a los botones traseros de la levita de Blinton.

—¿Estás cansado? —le preguntó el torturador—. No te preocupes, pronto te quitarán estos libros de las manos.

Hablando de esta forma, el Desconocido, a una velocidad sorprendente, azuzó a Blinton de vuelta por Holywell Street, a lo largo de la calle Strand hasta llegar a Picadilly, donde por fin se pararon en el famoso y caro taller del encuadernador de Blinton.

El encuadernador abrió los ojos de par en par ante la visión de los tesoros de Blinton, y con razón. Luego el abatido Blinton se vio a sí mismo, de forma automática, sin ejercer su voluntad, hablando de este modo:

—Aquí le traigo algunas rarezas que he conseguido y me haría un favor si me las encuadernara lo mejor que usted pueda, cueste lo que cueste. En marroquín achagrinado y guardas de piel; cada libro con *petits fers* de mi emblema y escudo de armas, y abundante decoración en dorado. No repare en gastos. Y no me haga esperar como normalmente hace. —Puesto que, efectivamente, los encuadernadores son lo más lento de la especie humana.

Antes de que el encuadernador, atónito, pudiera formular las preguntas necesarias, el torturador de Blinton había sacado a toda prisa al *amateur* de la habitación.

—Vamos a las subasta —gritó.

—¿Qué subasta? —preguntó Blinton.

—¡Cómo! La de Beckford, hoy es el día decimotercero, un día de suerte.

—Pero me he olvidado el catálogo.

—¿Dónde está?

—En casa, en la librería de caoba, en el tercer estante comenzando desde arriba, a la derecha.

El desconocido estiró el brazo, que se alargó rápidamente hasta que la mano desapareció por la esquina. En un momento, la mano volvió a aparecer con el catálogo. La pareja se dirigió a toda prisa hacia las salas de subasta de los señores Sotheby en Wellington Street. Todo el mundo sabe distinguir las buenas subastas de libros. La mesa larga, rodeada de pujadores ansiosos parece, a corta distancia, una mesa de ruleta, y de ella emana el mismo tipo de excitación. El coleccionista no sabía cómo comportarse. Si pujaba en su nombre, algún librero pujaría mas que él, en parte porque el librero reconoce que, en definitiva, no sabe mucho de libros y sospecha que el *amateur*, en este caso, sabe más que él. Además, los profesionales siempre detestan a los *amateur*, y, en este juego, llevan todas las de ganar. Blinton sabía todo esto, y acostumbraba a darle sus encargos a un agente. Pero hoy sentía (lógicamente) como si el demonio se le hubiera

metido en el cuerpo. *Tirante il Bianco Valorosissimo Cavaliere* estaba en disputa. Una novela de caballería extremadamente rara, en marroquín veneciano rojo, de la colección Canevari⁸. El libro en cuestión, es uno de los más codiciados de la imprenta veneciana, y está maravillosamente decorado con el emblema de Canevari —una sencilla y elegante ornamentación en oro y colores—. «Apolo conduce su carro surcando las verdes olas hacia las rocas, en las que el alado Pegaso se aferra». Aunque por qué se dice así, como si un caballo tuviera miembros para aferrarse, es difícil de dilucidar. Este maravilloso dibujo está rodeado por la siguiente leyenda: ΟΡΘΟΣ ΚΑΙ ΜΗ ΛΟΞΙΖΩΣ [Recto y no torcido]. En su estado habitual, Blinton sólo habría admirado desde la distancia *Tirante il Bianco*. Pero hoy, inspirado por el demonio, entró rápidamente en liza y desafió al gran Don *, el Napoleón de las subastas de libros⁹. El precio ya había alcanzado la cifra de quinientas libras esterlinas.

—¡Seiscientas! —gritó Blinton.

—¡Guineas! —dijo el gran Don *.

—¡Setecientas! —vociferó Blinton.

—¡Guineas! —replicó el otro.

Este dialogo aritmético continuó hasta que incluso Don * arrió velas, con un suspiro, cuando el enloquecido Blinton dijo: «Seis mil». La aclamación del público recompensó la puja más grande que se haya hecho nunca por un libro. Como si no hubiera tenido bastante, el Desconocido incitó a Blinton a competir con Don * por cada obra preciada que iba apareciendo. El público, lógicamente, pensaba que Blinton se encontraba en la primera fase del reblandecimiento cerebral, cuando un hombre se imagina heredero de una riqueza inagotable y está dispuesto a vivir de acuerdo con ella. El mazo cayó por última vez. Blinton debía unas cincuenta mil libras esterlinas, y exclamó de forma audible, como si la influencia del desalmado hubiera desaparecido: «¡Estoy arruinado!»

—Entonces, tienes que vender tus libros —gritó el desconocido que, saltando sobre una silla, se dirigió al público:

—Señores, les invito a la venta de libros del Sr. Blinton, que tendrá lugar acto seguido. La colección se compone de algunos muy notables primitivos

⁸ Demetrio Canevari fue médico de cabecera del papa Urbano VII. Pero el mencionado relieve ovalado pertenece a las encuadernaciones de la familia Farnesio (probablemente a Alejandro Farnesio, luego Paulo III).

⁹ Se refiere a Bernard Quaritch, de origen alemán, que dominó el mercado europeo de subastas durante un largo periodo. En la de la Colección Suderland, entre 1881 y 1883, adquirió libros por más de 50.000 libras esterlinas (nótese la coincidencia con la deuda de Blinton).

poetas ingleses, bastantes primeras ediciones de clásicos franceses, muchos de los más raros *aldinos* y un peculiar surtido de *Americana*.

En un segundo, como por arte de magia, las estanterías de la habitación se llenaron con los libros de Blinton, atados en paquetes de a treinta. Sus primeras ediciones de Molière estaban emparejadas con viejos diccionarios de francés y con libros de texto. Los libros en cuarto de Shakespeare hacían lote con destrozadas novelas de quiosco. Su copia (casi única) del libro de Barnfield *Affectionate Shepherd* estaba unida a volúmenes sueltos de *Chips of a German Workshop* y a un ejemplar barato y defectuoso de *Tom Brown's School Days*. La *Amanda* de Hookes estaba debajo de una pila de obras piadosas americanas, donde le hacía compañía un Tácito de Elzevir y la *Hypnerotomachia*¹⁰ Aldina. El subastador se deshacía de un lote detrás de otro, y Blinton vio con claridad que todo aquello estaba amañado. Se desprendía de su máspreciado botín al precio del papel usado. Es horrible estar presente en la venta de las pertenencias de uno mismo. Nadie pujaba por encima de unos cuantos chelines. Bien sabía Blinton que después, los postores se repartirían la rapiña sonriendo maliciosamente. Por último su *Adonais*, intonso, encuadernado por Lortic, se fue junto con algunos viejos *Bradshaws*¹¹, con la *Court Guide* de 1881 y con un ejemplar suelto de *Sunday at Home*, todo por seis peniques. El desconocido sonreía con peculiar malignidad. Blinton se levantó enérgicamente para protestar; la habitación parecía darle vueltas, pero las palabras no le venían a la boca.

Entonces, al mismo tiempo que sentía un apretón familiar sobre el hombro, oyó una voz conocida decir:

—¡Tom, Tom, vaya pesadilla que estás teniendo!

Estaba en su sillón, en el que se había quedado dormido después de la cena. La señora Blinton hacía cuanto podía para sacarlo de su espantosa visión. A su lado, se encontraba *L'Enfer du Bibliophile, vu et décrit par Charles Asselineau*. (Paris: Tardieu, MDCCCLX).

Si éste fuera un panfleto ordinario, tendría que contar que a Blinton se le abrieron los ojos, que dejó de coleccionar libros y se dedicó a la jardinería o a la política o a una afición similar. Pero la verdad me obliga a admitir que el arrepentimiento de Blinton desapareció al final de la semana, cuando fue descubierto marcando a escondidas, antes del desayuno, el catálogo de M. Claudin. De este modo, en efecto, acaban todos nuestros remordimientos. «Lancelot vuelve de nuevo a su amor», como en la novela. Tal y como insisten en adver-

¹⁰ *Hypnerotomachia Poliphilli*, de Francesco Colonna, fue editado en 1499 por el célebre Aldo Manucio con 120 grabados de línea. Es considerado el libro más bello jamás impreso.

tirnos los teólogos, el arrepentimiento en el lecho de muerte es quizá el único del que no nos arrepentimos nunca. Todos los demás nos dejan presto, en cuanto se presenta la ocasión, para caer de nuevo en brazos de nuestro viejo amor. Y quiera Dios que ese amor no sea nunca peor que el gusto por los libros antiguos. Si se ha sido un coleccionista de libros, se será siempre. *Moi qui parle*, he pecado, luchado y caído. He tirado catálogos sin abrir a la papelera. Le he negado a mis pies el camino de Sotheby's o Puttick's. He cruzado de acera para no pasar delante de un puesto de libros. De hecho, al igual que el profeta Nicolás, «consta que hubo un periodo en el que fui formal durante semanas». Y luego el crucial momento de la tentación sobrevino, y sucumbí a la dulce seducción de un Eisen¹² o de un Cochin¹³ o de un libro antiguo sobre la pesca con caña. Probablemente Grolier pensaba en estas debilidades cuando eligió su lema *Tanquam Ventus* [Como el viento], y *quisque suos patimur Manes* [Cada cual que soporte lo que le toca]. Nos dejamos llevar como hojas al viento y, como los personajes de la *Eneida*, estamos condenados a sufrir las consecuencias de nuestras propias extravagancias.

¹¹ George Bradshaws (1801-1853) Impresor británico, editor de la *Bradshaws Railway Guide*, horario de trenes muy popular, publicado entre 1839 y 1961.

¹² Charles Eisen, artista flamenco de fines del XVIII, famoso por sus ilustraciones de temas eróticos.

¹³ Charles Nicolas Cochin, ilustrador del XVIII que introdujo la portada grabada en cobre, con el título recortado en caracteres grisáceos.